

EL TESTIMONIO MÁS ESTREMECEDOR
DE LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

APRENDIENDO A DESPERTAR

RAJIV PARTI M.D.
PRÓLOGO DEL DR. MOODY PERRY



Luciérnaga

RAJIV PARTI M.D

APRENDIENDO
A
DESPERTAR



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Dying to Wake Up*

© Rajiv Parti y Paul Perry

© de la traducción: Raúl Valero García, 2016

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta
Imágenes de cubierta © Shutterstock

Primera edición: octubre de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-25-9

Depósito legal: B. 14.336-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo de Raymond Moody	13
Introducción: El hombre congelado	17
CAPÍTULO 1	
La séptima operación	25
CAPÍTULO 2	
Urgencias	35
CAPÍTULO 3	
Por encima de todo	41
CAPÍTULO 4	
Amor complicado desde el infierno	47
CAPÍTULO 5	
Salvado	55
CAPÍTULO 6	
El túnel del conocimiento	65
CAPÍTULO 7	
Vida pasada, vida futura	73
CAPÍTULO 8	
<i>Shock</i> futuro	79

CAPÍTULO 9	
Atrapado por el karma	91
CAPÍTULO 10	
Feliz Navidad	97
CAPÍTULO 11	
La escalera del conocimiento	100
CAPÍTULO 12	
Carretera abierta	109
CAPÍTULO 13	
La verdadera cura	117
CAPÍTULO 14	
Transformado por la Luz	127
CAPÍTULO 15	
El afortunado Rajiv o el desgraciado Rajiv	139
CAPÍTULO 16	
La historia que no había escuchado	145
CAPÍTULO 17	
Guía	155
CAPÍTULO 18	
¿Ahora qué?	163
CAPÍTULO 19	
Mi funeral	169
CAPÍTULO 20	
Un despertar	189
CAPÍTULO 21	
Un experimento propio	205
CAPÍTULO 22	
El despertar de Aruba	215

CAPÍTULO 23	
Sé tú mismo	223
CAPÍTULO 24	
Una ECMC	229
Conclusión: Entender quiénes somos	233
Agradecimientos	241

CAPÍTULO I

LA SÉPTIMA OPERACIÓN

«Debe de hacer frío», pensé, mis dientes castañeteaban levemente. Era el 23 de diciembre de 2010, horas antes de Nochebuena, y me sentía como si estuviera en las heladas montañas del Himalaya, en la India, en vez de en las planicies de Bakersfield, California. Cogí mi iPhone y comprobé la temperatura exterior. Había diez grados centígrados.

«No debería estar temblando», pensé. Estaba asustado al ver que me liaba la manta alrededor y sentía que tenía más frío.

Podía oír a mi esposa y a mis hijos escaleras abajo, preparándose para cenar. Colocaban los platos sobre la mesa, y podía oler el delicioso aroma a especias de la comida india que mi mujer estaba preparando. Normalmente, se me haría la boca agua. Ahora me provocaba náuseas.

Me cubrí la cabeza y traté de no pensar en el televisor. Mi mujer, Arpana, había puesto la CNN dos horas antes y me había dejado en la habitación mientras preparaba la cena. «Intenta dormir —dijo—. Te despertaré cuando la cena esté lista.» Me había tomado un calmante cuando se marchó

(¿cuántos me habría tomado ese día?) y esperaba poder dormir gracias a él. No pude. Me dejó grogui y más enfadado y asustado que antes. Notaba la hinchazón y el calor en mi abdomen y en el escroto, y a pesar de que tenía unas ganas tremendas de orinar, no podía echar más que un par de gotas.

«No me merezco esto —pensé—. Soy médico.»

Me vinieron a la cabeza los buenos tiempos, los años previos a las seis operaciones que me habían dejado en este estado.

Había venido a Bakersfield desde Luisiana para trabajar como médico de forma temporal. Mi tarea era ejercer un mes como anestesta en el hospital San Joaquin Community. Después de pasar varios años en la Costa Este, era una gozada estar en el cálido valle de San Joaquín, en la hermosa California. Al cabo de poco tiempo me ofrecieron una plaza fija en el hospital y acepté sin dudarlo.

Arpana abrió una clínica dental, y yo pronto cambié de hospital al obtener un puesto de anestesta en Bakersfield Heart, un centro especializado en cirugía cardiaca delicada. En pocos años me nombraron jefe del departamento de anestesiología. En nada de tiempo estábamos montados en el dólar y apenas podíamos creérnoslo. Cambiamos nuestra casita por una más grande, y al poco, por una muchísimo más grande, mientras formábamos una familia con dos chicos, Raghav y Arjun, y una chica, Ambika.

Pasamos de conducir Fords y Toyotas a Mercedes y Lexus, y luego a los «supercoches»: un Porsche y un Hummer. Soñaba con tener un Ferrari en mi garaje, lo protegería del polvo con una funda y sólo lo cogería para dar una vueltecita los fines de semana. Mi meta era que todo fuese más grande: casa, coches, colección de arte, cuentas bancarias. En un momento dado, tras veinticinco años en el hospital, me tomé un descanso de nueve meses para invertir en bolsa. Conseguí un montón de dinero, a veces ganaba un millón de dólares al día,

pero se esfumaba tan pronto como llegaba porque pensaba que podía predecir la dirección del mercado de valores con más precisión que los profesionales. No fue así, y finalmente dejé ese disparate y volví al hospital.

La meta de mis vecinos indios que vivían en sus mansiones alrededor de la mía era la misma. Cada casa que se construía en el barrio tenía más metros cuadrados que las anteriores. Habría sido gracioso de no ser algo tan serio. El tamaño importa, sobre todo cuando uno está construyendo un monumento a uno mismo a escala de la inmortalidad.

Todas las casas de ese vecindario estaban diseñadas para representar la imagen que el propietario quería proyectar. Había villas de estilo mediterráneo (como la nuestra), casitas de estilo español, ultramodernas, e incluso había una que era una réplica más pequeña de la Casa Blanca. Era una monstruosidad, pero todo el mundo comprendía las motivaciones que había detrás. ¿Cómo si no podían los propietarios dar a entender que ellos eran tan importantes como el presidente de Estados Unidos? (El propietario se ganaba la vida vendiendo coches.)

Conducir por el vecindario era como dar un paseo por Disneylandia. Pero era imposible acceder si no se tenía el código de seguridad de las distintas puertas. La comunidad estaba sellada herméticamente, a salvo del mundo exterior, y había llegado a pensar que también lo estaba de las enfermedades. «Los médicos no se ponen enfermos. —Llegué a crearme tal cosa—. Y si caemos, podemos tratar la enfermedad inmediatamente, detenerla en sus inicios.»

Así es como me veía a mí mismo: el capitán de mi destino, un creador de milagros inmune a todos los males.

Sentirse el rey del mundo es fácil en el ámbito de la medicina moderna. Sólo en mi especialidad, la cirugía cardíaca, la medicina había hecho tantos avances en la tecnología y las técnicas que podíamos devolver la vida a los pacientes hacien-

do todo tipo de cosas: desde eliminar la obstrucción de una arteria mediante un globo médico hasta sustituirla o incluso realizar un trasplante de corazón. El porcentaje de muertes por problemas cardiovasculares se había reducido en un cuarenta por ciento en la última década debido a procedimientos como los que realizábamos de forma rutinaria en nuestro hospital. Las familias lloraban de alegría al final de una operación de corazón con éxito porque sabían que le habíamos dado años, quizá décadas, de vida a su ser querido.

Tal vez sea la sensación de engañar a la muerte en los pacientes lo que nos produce, a los equipos de cirujanos cardíacos, la vaga sensación de poder derrotar a nuestra propia muerte. Obviamente eso no es cierto. El objetivo no puede ser vivir para siempre, porque es imposible, al menos en estos cuerpos. El objetivo sería crear un legado permanente. Pensar en la vida de otro modo es sólo una quimera, la misma que yo estaba viviendo.

Pronto me daría de bruces con la realidad. En 2008, una revisión rutinaria revelaba un aumento significativo de mis niveles de APE, un indicio de cáncer de próstata. Una biopsia me diría lo grave que era: «Tengo buenas y malas noticias para ti —dijo mi urólogo y buen amigo, que me llamó una mañana mientras mi esposa y yo estábamos tomando té en nuestro jardín con vistas al campo de golf—. Tienes cáncer de próstata. Pero está en una fase inicial y se puede extirpar, y te curarás».

Tenía cincuenta y un años y estaba en shock. Y cabreado. ¿Por qué yo? ¿Qué había hecho para merecer eso?

Fuimos a uno de los mejores cirujanos especializados en la próstata, en la otra punta del país, en Miami, Florida. Le dije que estaba preocupado por la incontinencia y por la impotencia. Me dijo que perdiera cuidado:

—Prácticamente le puedo garantizar que no habrá complicaciones. Al cabo de pocas semanas hará vida normal.

Era un genio en cuanto a esta glándula del tamaño de una nuez y también un colega de profesión. ¿Por qué iba a dudar de lo que me decía?

Acordamos que la operación de desarrollaría utilizando un procedimiento llamado prostatectomía radical laparoscópica. Eliminaríamos la próstata al completo a través de pequeñas incisiones en el abdomen utilizando un instrumento con forma de tubo que incorporaba una videocámara e instrumentos cortantes. Pocos días después de la operación, estaba claro que sufría incontinencia e impotencia. El cirujano se disculpó. Yo estaba cabreado.

El tejido cicatrizante cerró mi uretra no sólo una vez, sino tres. Y cada vez que esto pasaba, los cirujanos del Bakersfield me tenían que operar utilizando rayos láser que vaporizaban el tejido cicatrizante. El dolor posoperatorio era tan intenso que me veía obligado a tomar calmantes. Me atiborraba de ellos, y cuando el dolor mitigaba, seguía tomando pastillas para sentir ese placentero mareo que me producían junto con el efecto analgésico.

Fue necesaria una quinta operación en el hospital de UCLA para solucionar mi problema de cicatrización. Me inyectaron directamente una droga anticicatrizante, pero ahora el asunto de la incontinencia se había vuelto insoportable. Tenía que llevar puesto un pañal para adultos y cambiarlo cada dos o tres horas para evitar que me salieran sarpullidos. Era una tarea imposible, ya que la mayoría de las operaciones del corazón llevan su tiempo y, a veces, duraban de cinco a seis horas. En esas ocasiones, corría el riesgo de sufrir una infección, lo que requería antibióticos cada vez más potentes y también más calmantes.

Al final, mi cirujano en UCLA me recomendó un esfínter artificial, un dispositivo mecánico que al implantarlo me permitiría controlar la vejiga al presionar un botón colocado estratégicamente bajo la piel. Me realizaron una sexta operación el 13 de diciembre de 2010.

Pero menos de dos semanas después me pasó algo terrible: se había extendido una infección alrededor del esfínter artificial y estaba llenando mi abdomen de pus.

Comencé tomando los antibióticos más potentes que había. Empecé con una fuerte dosis por vía oral de Keflex, y cuando dejó de ser efectivo, cambié a Cipro, un peso pesado en el tratamiento de las infecciones de orina. También dejó de funcionar. Ahora, la víspera de la Nochebuena, podía sentir el calor y la presión alrededor de la cintura, los síntomas de una infección galopante.

Arpana vino a la habitación desde la cocina. En sus manos sostenía un delicioso plato con una mezcla de entrantes para que los probara, pero cuando me vio se le dibujó una señal de alarma en la cara. Casi tira el plato al suelo al depositarlo y retirar la manta para ver mi cara.

—¡Cielo santo! —exclamó, al tiempo que cogía un termómetro. Lo agitó y me lo puso bajo la lengua. Al momento, el mercurio alcanzó los cuarenta grados y medio.

Fue corriendo escaleras abajo y llamó al centro médico de UCLA donde me habían implantado el esfínter artificial. Más tarde supe que cuando le pusieron con el doctor y ella le dijo que tenía cuarenta grados y medio de fiebre, inmediatamente le soltó que me llevase al hospital tan rápido como fuera posible.

Apenas oía esta conversación desde la parte de arriba, pero lo que sí podía escuchar eran los murmullos de desesperación y las palabras apresuradas, y luego las prisas de toda la familia por subir la escalera.

Arpana se sentó en el borde de la cama y me ayudó a vestirme mientras nuestros hijos se apiñaban en la habitación. Ellos observaban con miedo cómo su lastimosa madre se afanaba por vestirme.

—¡Echadnos una mano! —les pidió a nuestros tres hijos.

Con sumo cuidado me ayudaron a levantarme y me sostu-

vieron mientras me llevaban escaleras abajo, un paso inseguro tras otro. El breve lapso de tiempo que transcurrió hasta que conseguí llegar al asiento delantero del BMW de mi mujer me dejó exhausto. Una fiebre de tal calibre te deja ardiendo de calor y temblando de frío, síntomas contradictorios. Mi hija me cubrió con una manta, y Arpana puso en marcha el coche, hecha un mar de lágrimas. Estaba asustada por verme en ese estado y más tarde me contó que tuvo miedo de que empeorara de repente durante el trayecto. Y entonces, en medio de las montañas que separaban la casa del hospital, ¿qué podría hacer ella?

Intenté ponerme cómodo en el coche e ignorar los sollozos de mi mujer mientras aceleraba de camino a la autovía y se dirigía al sur de Los Ángeles, a 160 kilómetros de distancia. Estaba empezando a desear que hubiese llamado a una ambulancia.

La fiebre y la infección hacían que mis pensamientos giraran como un torbellino. Mientras nos dirigíamos a toda velocidad hacia Los Ángeles, sólo podía pensar en los aspectos negativos de mi vida, una larga lista que se podía organizar bajo etiquetas como: mala suerte, paciente con cáncer, propenso a las infecciones, adicciones, depresiones, materialista, exigente, nada cariñoso, egocéntrico, irritable.

La negación de mi propia enfermedad hacía que me cabreara conmigo mismo. «Soy médico. ¿Por qué no supe ver que algo no iba como debía?» La verdad es que sabía que algo no iba bien. Sólo que no hice nada. Como la mayoría de los médicos, no me preocupé lo más mínimo, y ahora lo estaba pagando.

Mi rabia iba en aumento y se dirigía a otros aspectos de mi vida. Primero, me cabré con Dios por haberme enviado este cáncer de próstata. «¿Qué bien puede haber en proveerme de tan horrible enfermedad? ¿Por qué merezco yo algo así?»

Y luego estaban los calmantes. Mientras mi mujer me llevaba hacia el hospital aquella noche, por fin me reconocí a mí

mismo que había traspasado la línea de la adicción. La definición médica de «adicción» es la de ingerir más cantidad de la prescrita. Debido a las operaciones y a sus complicaciones, me recetaron analgésicos para los dolores pélvicos. Al principio funcionaban, me ayudaban a superar las secuelas de las operaciones y las subsecuentes infecciones. Pero cuando el dolor persistía, los efectos de los narcóticos disminuían, haciendo más complicada mi rutina en el trabajo y en mi vida familiar. Cada vez tomaba más y en dosis más altas, para intentar no perder el control. Al final aprendí lo que algunos de mis pacientes ya sabían: lo fácil que es caer en la adicción cuando lo único que deseas es no sentir dolor.

Y no acaba aquí la cosa. La combinación del cáncer y mi adicción a las pastillas me había provocado una depresión. Para lidiar con esta circunstancia, comencé a tomar antidepresivos. Pronto sentí que eran tan necesarios para mi bienestar como los calmantes. Basándome en mi formación como médico y en especialistas en adicciones del hospital, sabía que tendría que internarme en un centro de desintoxicación durante al menos doce semanas para desengancharme de las pastillas. ¿Por qué había perdido el control de mi vida?

Me vino a la cabeza mi hijo Raghav. Como era el mayor, había sido mucho más duro con él que con el resto; esperaba que siguiese mis pasos. Pero ya llevaba cuatro años en la Facultad de Medicina y las cosas no le estaban yendo bien. A pesar de que había aceptado estudiar la carrera que yo le había impuesto, le faltaba entusiasmo, y sus notas reflejaban esta falta de interés en ser médico. Aun así, yo le había insistido tozudamente en que continuara con sus estudios.

Mientras que Arpana le animaba con el amor incondicional de una madre, yo no hacía lo mismo. A lo largo de los años, había adoptado la teoría india de la educación de los hijos de mi padre, que se puede resumir en una frase que se repetía a menudo: «A base de palos se aprende». Y ciertamen-

te, con mi padre «aprendí a palos» siempre que él pensaba que no estaba sacando a relucir todo mi potencial intelectual. Aunque el castigo físico era habitual en la India en aquella época, yo juré que nunca les pondría la mano encima a mis hijos. Pero con el paso de los años, pasé a heredar la ira de mi padre, y con frecuencia la pagaba con ellos.

Ahora Raghav probablemente me tenía miedo, o quizá incluso me odiaba. «¿Tendré la oportunidad de enmendar todo esto? —me preguntaba mientras el motor del coche rugía en aquella noche sin fin—. ¿Dónde está mi hijo? ¿Por qué no está en el coche conmigo, donde de verdad lo necesito?»

Para cuando nos detuvimos en la entrada de las urgencias médicas del hospital de UCLA, mi rabia se había propagado como el fuego hacia cada aspecto de mi vida hasta que me hizo ver una verdad como un templo. «Mi vida es responsabilidad mía. Debería haber sido más cuidadoso al elegir mi camino.»

Al llegar a esta conclusión, debí de lanzar una especie de gemido, porque uno de los celadores que me subió a la camilla me dio un apretón de manos tranquilizador.

—Ahora estás a salvo en el hospital —dijo.

No sé si moví la cabeza o asentí con ella. Lo que sí tenía claro era la aterradora realidad que se mostraba ante mí: que tenía cuarenta grados y medio de fiebre y una infección pélvica a la que los antibióticos no podían hacer frente.

Por la rapidez con la que se había extendido la infección, no estaba seguro de si tendría otra oportunidad. De hecho, supuse que iba a morir.